

Nosotros, los Representantes del pueblo de Panamá, reunidos en Convención Nacional con el objeto de constituir la Nación, mantener el orden, afianzar la justicia, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que habiten el suelo panameño, invocando la protección de Dios, ordenamos, decretamos y establecemos para la Nación panameña, la siguiente Constitución:

Título I

De la Nación y el Territorio.

REFLEXIONES

EN UN

PANAMA DEMOCRÁTICO

TOMO II

La soberanía reside en la Nación, quien la ejerce por medio de sus Representantes, del modo como esta Constitución lo establece y en los términos en ella expresados.

Artículo 3

Comprende el territorio de la República todo aquel con el cual se formó el Estado de Panamá, por acto adicional de la Constitución Granadina de 1853, en 27 de Febrero de 1853, transformado en 1886 en Departamento de Panamá, y sus islas; y el territorio continental e insular que adjudicó

ISBN 978-9962-693-02-4
Reflexiones en un Panamá democrático

Diagramación
Víctor M. Castillo G.

Impreso en los talleres del Tribunal Electoral de Panamá

**REFLEXIONES EN UN
PANAMÁ DEMOCRÁTICO
TOMO II**

**A RAÚL LEIS, ADALID DE LA
DEMOCRACIA PANAMEÑA**



Antesala de la República

**Carlos Alberto Mendoza
y Vicente Stamato**



Carlos Alberto Mendoza

Nació en la ciudad de Panamá el 27 de noviembre de 1933. Hijo de Doña María Chatagnon de Mendoza y del doctor Carlos Ernesto Mendoza.

En 1956 recibió el grado de Bachelor of Arts, Cum Laude, de la Universidad de Harvard. Obtuvo el grado de Juris Doctor de la Universidad de Tulane. Cursó estudios de postgrado en la Universidad Complutense de Madrid.

Ha desempeñado diferentes cargos públicos, entre ellos, Presidente de la Autoridad de la Región Interoceánica y Embajador de Panamá en la República de China.

Es socio fundador de la firma forense MENDOZA & ASOCIADOS, hoy denominada MENDOZA, ARIAS, VALLE & CASTILLO.

Autor, editor, compilador y colaborador de numerosas obras.

Antesala de la República

De conjurados secesionistas a próceres de la Patria

A principios de junio de 1903, el patriarca conservador José Agustín Arango, sospechando que el tratado Herrán-Hay sería rechazado por el Congreso colombiano, decidió no viajar a Bogotá para ocupar su curul de senador por el departamento panameño. Por ese entonces ya estaba convencido de que el Istmo debía independizarse de Colombia.

Conocida esa resolución por William Nelson Cromwell, abogado de la compañía canalera francesa en Estados Unidos, este, mediante cable, le insinuó a Arango la conveniencia de que concurriera a las sesiones del Senado para que defendiera el Tratado; pero en vista de su resistencia, lo invitó a ir a Jamaica en donde un comisionado suyo le explicaría la importancia de su presencia en Bogotá. Ante aquella insistencia, Arango consultó con su hijo Belisario y su yerno Samuel Lewis ambos ya enterados de las ideas de don José Agustín- pero no resolvieron nada.

Pocos días después, hijo y yerno pensaron que el capitán Beers, alto empleado del ferrocarril y hombre para ellos de total confianza, quien en esos días preparaba viaje a Nueva York, podría allí consultar con Cromwell y otras personalidades sobre un posible apoyo norteamericano para la independencia de Panamá, idea que don José Agustín aprobó.

En tanto, Arango seguía pensando en los pros y los contras de tan arriesgada idea. Una de sus preocupaciones era la guarnición militar que comandaba en la ciudad el general Esteban Huertas, veterano de la guerra civil y nacido en el departamento de Boyacá. Sin embargo, conversando con aquel jefe, a quien encontró casualmente en el parque de la Catedral, sobre el porvenir de Panamá en el caso de que el Tratado

fuera rechazado, Arango advirtió claramente el disgusto que al general le habían causado los rumores sobre aquella negativa posibilidad. Comprendió entonces que, llegado el momento, Huertas lo acompañaría en su proyecto independentista.

Con crecidas esperanzas, Arango se entrevistó con el capitán Beers a quien sin reticencias le manifestó su propósito de promover la separación del Istmo, con el fin de celebrar directamente con el Gobierno estadounidense un tratado similar al Herrán-Hay, para lo cual le solicitaba que pulsara en su país el posible apoyo que pudiera esperarse después de proclamada la independencia.

Beers partió a mediados de junio, sufragando los conjurados gastos de su viaje; y ya en tierra estadounidense, se entrevistó con Cromwell, quien acogió la idea con gran entusiasmo, garantizando que él obtendría el apoyo del Gobierno de Roosevelt para el movimiento separatista. Así, con promesa tan halagadora, el capitán Beers regresó al Istmo a fines de julio, e inmediatamente presentó su informe a Arango.

Durante el curso de la misión Beers, don José Agustín, conversando con su correligionario y amigo, el doctor Manuel Amador Guerrero, le confió el secreto de su idea y del plan que había comenzado a desarrollar, y de una vez el bolivarense galeno se sumó a las filas independentistas. Y como al regresar Beers, este manifestara que Cromwell había sugerido que un representante del movimiento viajara a Estados Unidos, Arango inmediatamente nombró a Amador en compañía de Ricardo Arias, quien a última hora no pudo viajar.

Rechazado el Tratado Herrán-Hay por el senado colombiano, Arango reclutó en su movimiento a Carlos Constantino Arosemena, y con él y Amador, comenzaron a reunirse con el objeto de

intercambiar ideas, primero en la antigua planta eléctrica, y después, en casa del mismo Amador, constituyendo algo así como una incipiente junta secesionista.

Por estos mismos días ya Arango había formado una especie de comité de agitación con sus familiares más allegados -sus hijos Ricardo Manuel, Belisario y José Agustín Arango Ch., y sus yernos Samuel Lewis, Raúl Orillac y Ernesto T. Lefevre-, para fomentar en la población capitalina un espíritu de descontento general.

Más tarde, Arango amplió la dirigencia separatista con la incorporación de Nicanor A. de Obarrio, Ricardo Arias, Federico Boyd, Tomás Arias y Manuel Espinosa; y pronto hizo contacto con dos aguerridos jefes liberales, Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, quienes aceptaron colaborar decididamente con el movimiento, aporte fundamental teniendo en cuenta el mayoritario porcentaje liberal de la población panameña. A ellos siguieron -entre otros- Gerardo Ortega, Carlos Clement, Eduardo Icaza, Ramón Valdés López y Carlos Zachrisson.

La gestión de Amador en Estados Unidos

Con amplias facultades de la Junta Separatista, a fines de agosto el doctor Amador partió rumbo a Nueva York. Allí se entrevistó con el abogado Cromwell, con quien acordó que juntos debían viajar a Washington para tratar de entrevistarse con el secretario de Estado, John Hay. Pero cuando a la hora convenida para iniciar el viaje Amador llegó a buscar a Cromwell en su residencia, este lo dejó plantado. Habiendo esperado en vano largo tiempo, se marchó considerándose burlado o traicionado, y envió a Panamá un cable con una única y triste palabra: Disappointed; poco después, y luego de algunas gestiones infructuosas, anunció su regreso.

Tal vez, Cromwell no había podido conseguir lo que pomposamente había prometido. Sin embargo más tarde, en carta dirigida a Arango, el abogado explicó su desatenta conducta diciendo que con motivo de informaciones recibidas por Tomás Herrán, ministro de Colombia en Washington, de las intenciones separatistas en Panamá, este se dirigió a los altos ejecutivos de la Compañía Nueva del Canal en Nueva York, imputándoles cierta responsabilidad en los hechos que al respecto pudieran cumplirse, por lo cual se vio obligado a cortar toda relación con Amador. Esperando en Nueva York el abrumado Amador instrucciones de la Junta Revolucionaria, un hecho casual y providencial cambió el rumbo de los acontecimientos.

El 22 de septiembre, procedente de Europa, a aquella ciudad llegó por razones familiares el ingeniero Philippe Bunau-Varilla, antiguo luchador en pro de la vía panameña. Interesado como siempre por obtener noticias de Panamá, se dirigió a la casa comercial de Piza Nephews & Co., y después de saludar a su amigo Joshua Lindo, le preguntó si era cierto lo que se rumoraba sobre los planes separatistas istmeños. Lindo le respondió que faltaban recursos, que sin dinero no se podía hacer una revolución; pero que si quería estar al corriente de la situación, le diría al doctor Amador que fuera a visitarle. Gratamente sorprendido el ingeniero galo de que su viejo amigo se encontrara en ese momento en Nueva York, aceptó la sugerencia, y al regresar a la media noche al hotel Waldorf-Astoria, donde se encontraba alojado, encontró dos notas de Amador solicitándole una urgente entrevista. Inmediatamente telefoneó al hotel Endicott, donde Amador se hospedaba, y concretaron la entrevista para las 10:30 de la mañana siguiente.

Reunidos en el Waldorf-Astoria, Amador refirió a su francés amigo todo cuanto le había ocurrido desde el día en que Arango le había confiado el plan revolucionario, los nombres de los comprometidos, el posible apoyo de la guarnición militar

y el desplante de Cromwell. Agregó que en el supuesto de una proclamación de independencia, a los istmeños les era indispensable contar con ayuda o apoyo del Gobierno estadounidense; y terminó pidiéndole su consejo.

Bunau-Varilla le pidió que lo dejara reflexionar un tiempo, que permaneciera en Nueva York y que no hablara con nadie más sobre el asunto. Recobrada en parte la tranquilidad, Amador envió a Panamá un cable que simplemente decía: "Hopes".

Bunau-Varilla en acción

El inquieto ingeniero pensó que Cromwell, que había hecho tan hermosa promesa a los conjurados, en realidad no había logrado interesar al Gobierno estadounidense. Aceptada esa tesis, la actitud del Gobierno demostraría claramente que el presidente Roosevelt rechazaba las proposiciones de Panamá y que estaba decidido a la apertura del canal por Nicaragua; o bien, que no deseaba que los Estados Unidos aparecieran fomentando una revolución en un país con el que estaban en paz. La primera hipótesis no la consideró rechazable de plano porque, indudablemente, el rechazo del Tratado Herrán-Hay había hecho renacer las esperanzas de los partidarios del canal por Nicaragua; además la Ley Spooner ordenaba expresamente al Presidente construir el canal por aquel país, si no podía conseguir un tratado satisfactorio con Colombia; y los grandes diarios, como el New York American y el New York Herald, continuaban con su ardiente campaña contra Panamá.

Pero un incidente imprevisto y afortunado le hizo conocer a Bunau-Varilla la verdad sobre el pensamiento íntimo del presidente Roosevelt. Ocurrió que el 2 de septiembre el ingeniero publicó en Le Matin, de París, la teoría de que el Gobierno norteamericano, de acuerdo con el tratado celebrado entre la República de la Nueva Granada y los Estados Unidos el

12 de diciembre de 1846, podía construir el Canal de Panamá aun contra la voluntad de Colombia; y envió un ejemplar de esa edición a su amigo el profesor Burr, de la Universidad de Columbia, en Nueva York, y uno de los miembros de la Comisión Ístmica.

Ahora en Nueva York, Bunau-Varilla visitó a Burr con el fin de conocer su opinión respecto de su artículo, pero encontró que el profesor no estaba de acuerdo, considerando ilegal el procedimiento y observando que el pueblo norteamericano se inclinaba decididamente a favor de Nicaragua. Sin embargo, agregó que a uno de sus colegas de la Universidad, Basset Moore, profesor de derecho diplomático, le había oído algo semejante. Bunau-Varilla le suplicó entonces que le ayudara a entrevistarse con su colega, a lo que el profesor accedió.

A la mañana siguiente en el despacho de Burr, Bunau-Varilla se encontró con Basset Moore, y entrando en materia, este expresó efectivamente que era de opinión que el tratado de 1846 daba a los Estados Unidos el derecho de ejecutar los trabajos necesarios para la construcción del canal por Panamá, y que su derecho de camino y de tránsito a través del Istmo resultaría ilusorio si Colombia, impotente por construir el canal, impidiera que lo hicieran los Estados Unidos, agregando que aun cuando tal derecho no era explícito, sí estaba implícito.

Acto seguido, el profesor agregó que lo asombroso era que esa teoría que él había formulado sin darle publicidad, la había visto un día desarrollada en un periódico parisino. Al momento, Bunau-Varilla sacó de su maletín un ejemplar de la edición de Le Matin del 2 de septiembre, y antes que lo desplegara, Basset Moore lo reconoció de inmediato.

Bunau-Varilla le sugirió que ya había llegado el momento de difundir públicamente su teoría, ante los peligros que corría la vía de Panamá, y la respuesta no se hizo esperar:

¡Oh, no! replicó vivamente el profesor. Nuestra entrevista deber ser confidencial hasta nueva orden.

El ingeniero galo pensó en un principio que la negativa se basaba simplemente en un sentimiento de modestia y de reserva, y le preguntó por qué la entrevista debía ser confidencial. La respuesta le dio al francés la clave de lo que acontecía: "Las condiciones que me indujeron a formular esta teoría no me permiten considerarla como mía". Bunau-Varilla no insistió más y se retiró con la convicción de haber descubierto, por obra del azar, un importante secreto de Estado. Se trataba de una concepción de orden puramente doctrinal, de una teoría formulada por la tal vez más alta autoridad de Estados Unidos en materia diplomática, en condiciones que le imponían el secreto; y a su juicio, en esos momentos solo dos personas podían tener interés en hacer tal consulta: o el presidente Roosevelt o el secretario de Estado, John Hay.

Discurriendo así, Bunau-Varilla se dirigió a su amigo el abogado Frank Pavey, inquirendole sobre posibles relaciones de Basset Moore con el Gobierno. Pavey le informó que el profesor era amigo íntimo del Presidente Roosevelt, que había sido subsecretario de Estado cuando este ocupó la Subsecretaría de marina durante la insurrección cubana, y que sus relaciones se habían mantenido siempre íntimas y cordiales. Con esa información, Bunau-Varilla no tuvo ya ninguna duda sobre la posición del Ejecutivo norteamericano relacionada con la apertura del Canal de Panamá, y conociéndola, ahora estaba en condiciones de obrar sobre terreno abonado.

Recordando que su amigo Francis B. Loomis, a quien había conocido en París en 1901, recientemente había sido nombrado subsecretario de Estado, el 9 de octubre Bunau-Varilla se dirigió a Washington. Pero por esos días, los altos funcionarios del Gobierno no habían regresado a sus despachos. Sin embargo,

para no perder tiempo, le escribió una extensa carta al profesor Basset Moore sobre la entrevista que tuvieron en la que trató extensamente el asunto de Panamá, con la esperanza de que la viera el presidente Roosevelt, como efectivamente sucedió.

Finalmente su amigo Loomis llegó a Washington y sin dilación le consiguió una entrevista con Roosevelt. Una vez en el despacho presidencial, la conversación se inició sobre el diario *Le Matin*, comentando en términos generales, pero Bunau-Varilla trató de desviarla hacia Panamá. De pronto Loomis citó ciertos artículos históricos publicados en ese periódico, entre ellos el caso Dreyfus. Ocasión que el ingeniero aprovechó para decir: "El capitán Dreyfus no ha sido la única víctima de las detestables pasiones políticas. Panamá es otra".¹

"Oh, sí —exclamó Roosevelt súbitamente interesado eso es verdad. Usted ha dedicado mucho tiempo y esfuerzos por Panamá, Monsieur Bunau-Varilla. Y bien, ¿cuál cree usted que va a ser el resultado de la presente situación?"

"Una revolución, señor Presidente", respondió de inmediato el ingeniero galo.

Las facciones del Presidente expresaron una viva sorpresa, y maquinalmente repitió: "...una revolución". Y preguntó: "¿qué le hace a usted pensar así?"

"Consideraciones generales y especiales, señor Presidente. Como usted sabe, el espíritu revolucionario es endémico en el Istmo. Y es casi una certeza que esa enfermedad endémica puede espaciarse violentamente cuando las circunstancias favorables para su desarrollo hayan alcanzado su máximo nivel. Colombia ha decretado la ruina de las gentes del Istmo, y ellos

1. Bunau-Varilla. Philippe: Panamá, the creation, destruction, and resurrection. Robert Mc Bride, Nueva York, 1920; pag 311

no van a permitir que esto ocurra sin protestar de acuerdo con su estilo: revolución".²

Bunau-Varilla salió del despacho presidencial totalmente satisfecho. Entendió claramente que Roosevelt prefería la vía panameña, y que si una revolución le proporcionara una oportunidad favorable para que Estados Unidos construyera el canal, él seguramente la aprovecharía.

A punto de despedirse Bunau-Varilla de su amigo Loomis en la oficina de este funcionario, allí llegó casual o premeditadamente el secretario de Estado, John Hay, quien sin ambages le expresó que deseaba hablar con él sobre Panamá, asunto que le interesaba vivamente, para lo cual lo citaría oportunamente. La invitación, por escrito, le llegó muy pronto, pero no al Departamento de Estado sino a la casa particular del señor Hay. Una vez allí, conversaron extensamente sobre Panamá y ambos lamentaron la posición negativa del Congreso colombiano frente al Tratado Herrán-Hay. Bunau-Varilla habló de los esfuerzos realizados para concretarlo, y dijo que cuando todos los consejos de la prudencia y de la amistad fracasaban, llegaba un momento en que era preciso esperar los acontecimientos...

"¿Y cuáles cree usted que sean esos acontecimientos?", interrumpió Hay.

Bunau-Varilla le respondió que tal como le había manifestado al presidente Roosevelt, todo se resolvería por medio de una revolución, y agregó: "Y usted debe tomar medidas si no quiere que lo tome por sorpresa".

"Sí, esa es infortunadamente la más probable hipótesis replicó Hay. Pero no nos cogerán desprevenidos. Ya se han dado órdenes a fuerzas navales en el Pacífico para navegar hacia el Istmo". Y

2. *Ibidem*

añadió, "los Estados Unidos tendrían fuerzas suficientes en la proximidad de Panamá para, si estallaba la revolución, asegurar la paz a lo largo de la línea de tránsito, conforme al tratado de 1846".³

Con semejante declaración, ya todo estaba dicho. Había llegado, pues, la hora de poner manos a la obra. En cuanto Bunau-Varilla salió de la casa de Hay, abordó el primer tren hacia Nueva York, y mediante cable citó a Amador para el día siguiente.

En larga entrevista trataron el tema del dinero que los independentistas necesitarían, y después de algunas consideraciones, llegaron a la conclusión de que con 100.000 dólares bastaba por el momento. El ingeniero se comprometió a conseguirlos, y efectivamente los obtuvo de casas bancarias parisinas; pero en virtud de las demoras, el mismo Bunau-Varilla terminó concretando el préstamo en Nueva York con la casa Pierpont Morgan, por cuenta de la futura República de Panamá.

En cuanto al aspecto militar, el francés consideró imprudente pedirlo al Gobierno estadounidense, pues creía que una vez declarada la independencia, bastaba que los norteamericanos mantuvieran libre la vía férrea e impidieran el desembarco de tropas colombianas al Istmo.

Bunau-Varilla le explicó que 48 horas después de proclamada la República de Panamá, esta sería protegida por las fuerzas norteamericanas. Así lo había deducido de las conversaciones que tuvo con Roosevelt y con Hay. Faltaba ahora fijar una fecha para esa proclamación. Amador opinó que para organizar el movimiento se necesitarían por lo menos quince días, después de su llegada a Panamá. Bunau-Varilla consideró que dos días eran más que suficientes, alegando que el Gobierno de Colombia había reunido tropas en Cartagena y que de un momento a otro

3. Op. Cit., pag 318

podían ser enviadas a Colón, por lo que creía necesario obrar lo más pronto posible.

Calculando la fecha de llegada de Amador a Panamá, le concedió hasta el 3 de noviembre para proclamar la República, declinando toda responsabilidad si no se hacía así. Amador pidió hasta el 5, pero el francés no aceptó.

El 20 de octubre, a las 9 de la mañana, el doctor Amador se embarcó en el vapor Yucatán que lo llevaría de regreso a su adoptiva tierra panameña; pero cuando aun la nave no se había separado del muelle, su sobrino político Edwin Lefevre, le entregó un ejemplar de la edición matinal del New York Herald en el que se anunciaba que en Panamá había estallado una revolución. Noticia falsa, pero originada en los rumores circulantes. ¿Qué hacer? Se preguntó el angustiado Amador. Después de algunas consultas con Federico Boyd Jr., quien viajaba en el mismo vapor, decidió seguir adelante y afrontar las consecuencias.

Ansiedad, nerviosismo, incertidumbre

Como es de imaginarse, todos los iniciados en semejante movimiento separatista aguardaban con inquietud y zozobra la llegada de Amador, alarmados además con los rumores que con insistencia corrían acerca de que el Gobierno colombiano ya tenía conocimiento del plan secesionista. Por su lado, Amador llegaba con su propia incertidumbre a cuestas, la que le había carcomido el alma durante el curso de un viaje en el que no podía saber absolutamente nada.

El martes 27, muy nervioso, desembarcó en Colón. Pero comprobando que nada grave había ocurrido, abordó el primer tren disponible hacia la ciudad de Panamá, y esa misma noche se reunió con la Junta Revolucionaria, a la que le informó de todo lo acontecido y planeado con Bunau-Varilla.

En vista de todo lo expuesto, y fundamentalmente de que la protección de los Estados Unidos la tendrían 48 horas después de proclamada la República, temerosos de que ese apoyo no llegara oportunamente, decidieron anunciarle a Bunau-Varilla una supuesta llegada de tropas colombianas a Colón y Panamá, a fin de provocar el envío de algún buque de guerra norteamericano antes de declarar la independencia.

Durante el martes 27 y miércoles 28, Bunau-Varilla, inquieto, no recibió ninguna noticia de Amador. El jueves 29, en lugar de recibir la gran noticia que esperaba, el señor Lindo -intermediario acordado para enviar y recibir mensajes en clave- le entregó un cable de Amador que, una vez descifrado, decía: "Este cable es para Bunau-Varilla. Llegadas de fuerzas colombianas atlántico; cinco días; más de doscientos".

Las palabras "urge vapor Colón" no se encontraron en el código convencional y se tomaron en su significación corriente en español, pero no podía entenderse lo que Amador quería decir con ellas, por lo que el ingeniero pensó que al manifestar la necesidad de un vapor en Colón, había querido probar si efectivamente él estaba en capacidad de obtener el envío de un buque de guerra norteamericano; y esa fue, efectivamente, la verdadera intención al enviarse el mensaje.

Y la llegada de los 200 soldados –que fue pura invención más tarde resultó cierta... Bunau-Varilla marchó inmediatamente a Washington, y con la noticia de los 200 soldados y la de los periódicos estadounidenses de que el Dixie había reunido tropas en Cuba para el caso de una insurrección en el Istmo de Panamá, y de que el crucero Nashville estaba en Kingston listo para dirigirse a Colón en caso necesario, en el Departamento de Estado demostró la necesidad de enviar ya a un buque de guerra al Istmo para evitar las desgracias que pudieran ocurrir

al tratar los panameños de impedir el desembarco de tropas colombianas en Colón. Y lo consiguió.

El sábado 31 de octubre el Nashville partió de Kingston rumbo a Colón, con órdenes bajo pliego cerrado, y el 2 de noviembre arribó a su destino. Ese mismo día Bunau-Varilla envió un cable a Amador con una sola palabra "Boy", significando que nada había ocurrido que hiciera necesario modificar el plan acordado. En la mañana siguiente, martes 3, Bunau-Varilla encontró en el Evening Telegram la noticia de que el general Tovar, al mando de tropas colombianas, había desembarcado en Colón... y creyó que todo estaba perdido.

El agitadoísimo, confuso y complicado 3 de noviembre

El doctor Amador, quien luego de su llegada había asumido la dirección suprema del movimiento, dispuso proclamar la República el miércoles 4, siguiendo la indicación de Tomás Arias, quien alegó que ese día salía el vapor francés que hacía escala en Barranquilla, y que por ello, no tendrían en Colombia la noticia inmediatamente, sino muchos días después; y además, porque en esa fecha ya estarían anclados en aguas istmeñas, del Pacífico y del Atlántico, los buques de guerra norteamericanos. Sin embargo, a causa del inesperado arribo al puerto de Colón de tropas colombianas, Amador dispuso anticipar el golpe y proclamar la República de Panamá el martes 3.

Veamos en apretadas pinceladas qué ocurrió ese trascendental día

Colón, al amanecer. Llegan a la bahía, procedentes de Puerto Colombia, los vapores Cartagena (de guerra) y Alexander Bixio (mercante), trayendo a bordo a los generales Juan B. Tovar y Ramón G. Amaya comandando el Batallón Tiradores compuesto

de 500 hombres, con el propósito de impedir el rumoreado movimiento separatista.

Ciudad de Panamá, alrededor de las 6 a.m. La llegada de las tropas es anunciada por teléfono del ferrocarril al señor Prescott (segundo en jerarquía después del coronel Shaler, con sede en la capital departamental), quien a su turno informa al doctor Amador. La noticia le causa una desagradable impresión. Prontamente se dirige a la casa de Tomás Arias, el más cercano de los conjurados, quien al enterarse del desembarco solo alcanza a murmurar: "Entonces, todo está perdido".

Por otra vía, un telegrama dirigido por el comandante Serafín Achurra, jefe de la guarnición en Colón, al general Esteban Huertas, jefe del batallón Colombia, le informa del desembarco, temiendo que hubiera llegado la hora de luchar, comienza a tomar ciertas medidas de precaución. A las ocho de la mañana, más o menos, ordena izar una bandera de señales en el fortín de la muralla del Cuartel de Chiriquí, indicando a la flotilla que desembarquen las guarniciones. Sea por descuido o negligencia de los comandantes de los vapores, el único que cumple la orden es el teniente Epifanio Torres, del buque Almirante Padilla.

Por una tercera vía, el capitán Félix Álvarez, segundo jefe de la policía, muy temprano le entrega al general Nicanor A. Obarrio, prefecto de la provincia de Panamá (y uno de los conjurados) un telegrama del general Cuadros, avisándole del arribo del contingente.

Por su parte Amador, después de informar a los principales conjurados de lo ocurrido, se dirige al Cuartel de Chiriquí para pulsar al general Huertas sobre su decisión de apoyar el movimiento, y obtiene respuesta favorable y enérgica. Sin embargo, ha perdido la fe y la esperanza.

Ya en su casa, tendido en una hamaca meditando, su esposa María Ossa, advierte su preocupación. Amador le confiesa: "Creo que todo está perdido. Mis compañeros vacilan y creo que nos dejarán solos". Doña María reacciona con energía: "Si te dejan solo, solo tienes que luchar. Ya no es posible echarse atrás. Anda, levántate a luchar".

Se dice que fue doña María la que aconsejó a su marido que se comunicara con el coronel Shaler, superintendente de la Compañía del Ferrocarril con sede en Colón (reclutado en el movimiento), y le suplicara que por ningún motivo dejara que las tropas fueran trasladadas a la ciudad de Panamá, idea que rápidamente Amador puso en marcha. Se afirma también que doña María salió inmediatamente hacia la casa de los conjurados Arango y Espinosa, a quienes encontró "presa de horrible y justificado pánico", logrando animarlos y convencerlos de que ya era tarde para dar un paso atrás.

Colón, 8:00 a.m. El crucero Cartagena atraca en el muelle de la compañía ferroviaria, y los generales Tovar y Amaya son recibidos por el general Pedro A. Cuadros (prefecto de Colón), su secretario Aguilera, y el general Alejandro A. Ortiz (jefe de la Policía de la ciudad).

El coronel Shaler consigue con gran esfuerzo convencer a Tovar (a regañadientes) de que no dispone de trenes para transportar a sus tropas hacia la ciudad de Panamá, y con bastante demora (9:30 a.m.) logra embarcar solos a Tovar y Amaya y sus dos ayudantes en su propio y lujoso vagón, asegurándoles que en tren especial despacharía a las tropas después del mediodía.

Hay que aclarar que los dos ayudantes del general Juan B. Tovar, llevan también el mismo apellido: el general Ángel M. Tovar y el coronel José N. Tovar. Hasta aquí van tres. Más adelante aparecerá el cuarto.

Momentos después de la partida de estos uniformados, Shaler se entrevista con Porfirio Meléndez, jefe del movimiento separatista en Colón, para evaluar estos sucesos.

Ciudad de Panamá, 9 a.m. Amador reúne a los principales conjurados en el local de la antigua planta eléctrica a fin de tomar decisiones. A la reunión no asisten José Agustín Arango, Ricardo y Tomás Arias, y Manuel Espinosa, porque con el informe de Amador de las primeras horas de la mañana, entendieron que quedaba convenido abandonar el movimiento. Se escucharon varias opiniones. Finalmente, el más joven de los conjurados, Carlos Constantino Arosemena, sentenció: "Si teniendo como tenemos al batallón Colombia, al que seguirá todo el pueblo panameño, tenemos temor, no merecemos ser libres sino que nos cuelguen". La oportuna inyección de estímulo produjo inmediato efecto y el entusiasmo patriótico renació: había que seguir adelante.

9:35 a.m. Prescott recibe la información sobre el viaje que hacia esa ciudad han iniciado solos los generales colombianos. Amador y De Obarrio pronto se enteran de la buena nueva, mientras Prescott queda en comunicación permanente con Colón, pendiente de los acontecimientos.

10 a.m. Amador se dirige a casa del general Domingo Díaz (veterano liberal de la guerra civil), quien el día anterior se había incorporado al movimiento motivado por Eduardo Icaza. Amador le informa de los últimos acontecimientos y de la decisión de proclamar esa tarde la independencia. Díaz, entonces, promete movilizar y ponerse a la cabeza del pueblo panameño e inmediatamente se dirige a la barbería de Juan A. Rodríguez, la que pronto convirtió en `cuartel general´ de sus operaciones desde donde salieron varias comisiones con el fin de preparar al pueblo diciéndoles que se trataba de un movimiento liberal para adueñarse del poder.

10:15 a.m. Amador ordena a su cuñado José Francisco de la Ossa (alcalde de la ciudad, comprometido en el movimiento) que se dirija a la estación del ferrocarril con varios policías y aprese a los generales colombianos a su llegada. Sin embargo, poco después cancela la orden.

10:30 a.m. Animado y entusiasta, Amador envía un comisionado a las residencias de los jefes liberales Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, a indagar sobre la marcha de la honrosa tarea que se les había encomendado: al primero, la redacción del Acta de Independencia; y al segundo, el manifiesto que a la nueva nación lanzaría la Junta de Gobierno Provisional. (¿no es Junta Provisional de Gobierno?)

10:30 a.m. El general Huertas, cumpliendo órdenes del general Francisco de P. Castro, jefe militar de la plaza, parte a la cabeza de su batallón con dirección a la estación del ferrocarril para recibir a sus camaradas Tovar y Amaya.

11:00 a.m. En la estación ferroviaria, el gobernador del departamento, José Domingo de Obaldía, acompañado de Julio J. Fábrega, Manuel E. Amador, Nicolás Victoria J., Eduardo de la Guardia, Efraín de J. Navia y el general Castro, reciben a Tovar y Amaya. Allí se encuentra también otro general Tovar (Luis A.) comandante del crucero Bogotá, quien desembarcó de su nave especialmente para estar presente en el recibimiento de aquellos jefes.

Luego de los saludos y las gentilezas de rigor, todos se dirigen al Palacio de Gobierno.

Mientras Huertas regresa con su batallón al Cuartel de Chiriquí, el gobernador De Obaldía comparte con los visitantes una copa de champaña mientras le presenta varios documentos y telegramas que demuestran que la anunciada invasión de

Nicaragua, de que tanto se hablaba en esos días, no tenía fundamento alguno, garantizándoles, a la vez, que en el interior del departamento reina la más completa calma.

11:30 a.m. El general Juan B. Tovar dispone hacer una visita al Cuartel de Chiriquí, donde lo recibe el general Huertas. Luego inspecciona el parque y pronto se retira al edificio destinado por la Comandancia para alojamiento de los generales, situado en la esquina formada por la Avenida Norte y Calle 4ª.

1 p.m. Tovar se presenta nuevamente en el Cuartel de Chiriquí, acompañado por varios oficiales, con el propósito de pasar revista a la tropa. Luego manifiesta su deseo de ver la flotilla, y es conducido al paseo de las Bóvedas, desde donde puede observar que en la bahía se encuentran anclados los vapores Boyacá, Bogotá, Almirante Padilla y Chucuito. Satisfecho, regresa al cuartel e invita a Huertas para que lo acompañe con una copa de champaña. Este declina, pero ofrece aceptar la invitación a las ocho de la noche, "hora en que, en unión del cuerpo de oficiales, le acompañaría no a una, sino a dos copas".

1:30 p.m. Amador se reúne en la residencia de Pedro Antonio Díaz con Carlos Clement, Generoso de Obaldía y Antonio Díaz Gutiérrez, quienes tienen la misión de ayudar a congregarse más tarde el pueblo en la plaza de Santa Ana, y conducirlo posteriormente al Cuartel de Chiriquí con el fin de recibir las armas necesarias para la defensa de la plaza y el mantenimiento del orden público en la ciudad.

2:00 p.m. Carlos Clement se presenta en la plaza de la Catedral con treinta hombres que logró reunir en brevísimo tiempo. Amador le envía un comisionado para pedirle que disuelva el grupo y vuelvan a encontrarse a las 5 en la plaza de Santa Ana. Mientras tanto, convocados prontamente por aquellos tres complotados, en la casa de Díaz se reúnen Samuel

Boyd, Lino C. de Herrera, Raúl J. Calvo, Ricardo de la Ossa M., Domingo Díaz Plisé, José Manuel López Urrutia, Gil F. Sánchez, Rito L. Paniza, Pastor Jiménez, Archibaldo E. Boyd, Alcides de la Espriella, Antonio Díaz G., Pedro Díaz G., Octavio Díaz y Jorge E. Díaz para intercambiar ideas sobre la reunión del pueblo en la plaza de Santa Ana.

3:00 p.m. En la ciudad circulan rumores acerca de que esa tarde se verificaría una magna reunión pública de carácter revolucionario y José María Núñez informa a Tovar al respecto. Al mismo tiempo, el general recibe una tarjeta de José Ángel Porras, aconsejándole mucho cuidado y no confiar en nadie. Alarmado, acompañado del general Amaya, se dirige al Cuartel de Chiriquí; y de allí envió dos ayudantes al gobernador De Obaldía, informándole de los rumores y rogándole ordenara inmediatamente el despacho de un tren que trasladara de Colón el batallón Tiradores, ya que, según le habían dicho, en tales casos la Compañía del Ferrocarril solo aceptaba órdenes del gobernador.

Antes de media hora regresaron los ayudantes, diciendo que De Obaldía contestaba que ya había impartido las órdenes del caso.

Conversando Tovar y Huertas, van caminando por el paseo de Las Bóvedas. Hasta allí llega Julio F. Fábrega, secretario de Gobierno. Le informa a Tovar que Shaler no despacha el tren con las tropas alegando que el Gobierno adeuda a la compañía una fuerte suma de dinero. Tovar lo envía de regreso para que hable con el gobernador y le manifieste que él responde por cualquier deuda pendiente; ipero que haga enviar las tropas!

Tovar envía además dos oficiales al gobernador para insistirle que obtenga el inmediato despacho de las tropas. Luego, acompañado de los generales Castro y Amaya, se dirige a la

Comandancia. Los oficiales regresan. De Obaldía les ha dicho que no entiende las razones de Shaler, pues la Gobernación no le debe nada al Ferrocarril; pero que de cualquier modo garantiza que las tropas serán despachadas sin pérdida de tiempo.

Incrédulo, Tovar envía al general Amaya ante el Gobernador para insistir en lo mismo. De regreso, encuentra a Tovar con Nicolás Victoria J., secretario de Instrucción Pública, informándole sobre la agitación política y diciendo que no creía que De Obaldía podía controlar el movimiento que estaba por estallar. Tras la salida de Victoria, llega Eduardo de la Guardia, administrador de Hacienda departamental. Le repite al general Tovar más o menos lo mismo y agrega que no creía que De Obaldía hubiera dado orden alguna para el traslado de las tropas, y que tampoco las daría; y finalmente, que tanto el batallón Colombia como el cuerpo de Policía Nacional, apoyaban el movimiento cuyos fines no tenían muy claros.

3:30 p.m. El general envía dos ayudantes a la oficina de telégrafo de la Compañía del Ferrocarril a cerciorarse de si los telegramas que el Gobernador decía, habían sido realmente enviados y recibidos en Colón. Le ordena también que de regreso se presentaran ante el gobernador y le dijeran que como la policía aun no había aparecido en las calles de la ciudad para mantener el orden, él personalmente iría a la cabeza del batallón Colombia y dispersaría cualquier reunión.

4:00 p.m. Amador se dirige al Cuartel de Chiriquí con el fin de ver y animar a Huertas, quien inmediatamente envía a Carlos Zachrisson a decir a los patriotas que ocupaban algunas calles de la ciudad, que nada hicieran y esperaran órdenes. Instrucciones que también transmiten en el Cuartel de Bomberos a Carlos Constantino Arosemena, Archibaldo E. Boyd y Antonio A. Valdés.

4:30 p.m. Valdés llega al paseo de Las Bóvedas e informa a Huertas que el general Domingo Díaz, al frente del pueblo, se

impacienta por la demora en apresar a los generales, que la cree peligrosa y que las calles están atestadas de gente.

Huertas le ordena a Valdés que reúna un grupo de hombres resueltos y aprese a los generales que en ese momento se encontraban en la Comandancia. Y en camino para organizarse y cumplir la orden, ve a los generales dirigirse al Cuartel de Chiriquí. Ocurrió que alarmado Tovar con las noticias verdaderas que recibiera, ordenó a sus ayudantes, coroneles Tovar y Ampusano cerrar la Comandancia y reunirse con él en el cuartel del batallón Colombia; y acompañado de los generales Amaya y Castro, se dirigió nuevamente al Cuartel de Chiriquí, donde estaba el general Huertas con sus tropas.

5:00 p.m. La noticia de que algo grave está por ocurrir circula ya por toda la ciudad. Tovar y algunos de su comitiva se sientan en las bancas ubicadas fuera del cuartel en compañía de Huertas. Tovar se ve inquieto, y su semblante indica temor y sobresalto. Sugestionados por iguales temores, allí se presentan el general Ramón G. Amaya y dos sobrinos de Tovar, generales también, informados de que el pueblo panameño estaba en movimiento en la plaza de Santa Ana. Y tras ellos el general Caicedo Albán.

Huertas mantuvo una tranquila conversación, hasta que advirtió que Amaya, con rápido ademán, hizo señas a Tovar señalándole su sien izquierda, y entendió que el momento había llegado. Pidió permiso para armar algunas piezas de artillería, y le fue concedido.

Dentro del cuartel, le ordenó al capitán Marco A. Salazar: "Vaya y ármese". Cuando regresó Huertas lo esperaba con ocho soldados, armados con rifles y bayonetas, y le dijo: "Es para que ponga presos a todos los que están en las bancas".

Sorprendido, el capitán preguntó: "¿a quién, a los generales?"

“Sí; afirmó Huertas primero que nosotros que sean ellos. Los toma, los lleva a la policía y los entrega al comandante Arango”. Salazar salió del cuartel con sus hombres, y los colocó regados detrás de las bancas, las que quedaron rodeadas; luego se colocó frente a los generales y les dijo:
Caballeros, están ustedes presos.

Puesto inmediatamente de pie, Tovar lo increpó:
¡Presos! ¿cómo presos, atrevido?, ¿desconoces al general en jefe del ejército?

A lo que Salazar con toda tranquilidad respondió:

No me lo han hecho reconocer.

En ese momento Tovar se le fue encima a Salazar; este, con su mano izquierda le sujetó el hombro derecho, y con su mano derecha sacó su espada cuya punta le afirmó en el costado izquierdo; y enseguida ordenó: “Escolta, calen”. Cumpliendo la orden los soldados pusieron sus bayonetas en las espaldas de los generales. Entonces Tovar gritó:

-¡Huertas!, ¡Huertas! ¿dónde está Huertas?

-Aquí no hay Huertas-contestó Salazar-. Aquí se cumple lo que yo mando; están ustedes presos.

Dándose cuenta de la realidad, y dirigiéndose a Tovar, Amaya le dijo:

-General, estamos presos. No hay remedio.

Salazar los trasladó a la plaza de Chiriquí, y cuando se encontraba organizando su marcha, el general Huertas desde el cuartel gritó: “¡Cumpla la orden, capitán!”.

5:30 p.m. En medio de la impaciencia del general Díaz por la demora que se observaba en detener a los generales, y temiendo que ello pudiera dar lugar a que decayera el entusiasmo que reinaba en el pueblo, se presenta Archibaldo E. Boyd y le informa que los generales han sido apresados y que el pueblo debía dirigirse inmediatamente al Cuartel de Chiriquí con el fin de recibir las armas.

“Vamos, vamos, adelante”, grita Díaz, y capitaneando a cientos de patriotas, y rodeado de los jóvenes Archibaldo E. Boyd, Pedro J. de Icaza, Pedro Antonio Maytín, Antonio Díaz G., Alcides de la Espriella, José Asunción Cajar, Carlos Berguido y muchos otros, parten rumbo al Cuartel de Chiriquí, produciéndose un fuerte vocerío. A poco se suma Gil F. Sánchez. El grupo sigue por la Avenida Central, luego entra por un callejón saliendo a la plaza de Herrera y continúa su marcha a lo largo de la avenida A hasta llegar a la calle 6ª, en donde se reúnen con José Agustín Arango, Juan Antonio Jiménez, Juan A. Méndez y Eugenio J. Chevalier.

6:00 p.m. Luego de la partida de Díaz y sus voluntarios, otro grupo comenzó a reunirse en la plaza de Santa Ana, capitaneado por Carlos Clement. Allí están Héctor Valdés, Juan B. Sosa, Nicolás Justiniani, Azael Tachar y muchos otros. Pronto inician su marcha hasta llegar a la plaza de Herrera, y a poco ambos grupos se encuentran y confunden en un solo anhelo.

6:30 p.m. Los manifestantes unidos se acercan al cuartel viviendo al general Huertas y al batallón Colombia. Los soldados de guardia, ignorantes de lo que ocurre, preparan sus armas. El sargento Samaniego impide que disparen. El pueblo retrocede. Huertas aparece y ordena al sargento: “Déjelos entrar, que ellos vienen a darnos protección”. La tensión cede. Al frente de ese pueblo heterogéneo y abrumadoramente liberal, se encuentran

Domingo Díaz, Pedro A. Díaz, Harmodio Arosemena, Guillermo Andreve, Carlos Clement, Edmundo Botello, Santiago Vidal, Temístocles Rivera, Carlos Andrés Icaza, Pedro J. de Icaza, Nicolás Justiniani, Juan B. Sosa, Héctor Valdés, Carlos Berguido y muchos otros.

Las puertas del cuartel se abren. Huertas abre el depósito de armas. A Carlos Clement le dice: "Hágase cargo de esto". Enseguida comienza el traslado de armas y municiones al cuartel de Las Monjas, donde son distribuidas entre el pueblo con el que se formarían más tarde batallones, necesarios para mantener el orden en la ciudad y defenderla de cualquier rebelión o ataque formal.

Mientras tanto, en el Cuartel de Chiriquí descubren al general Francisco de P. Castro escondido en uno de los retretes. Huertas ordena que sea trasladado, como los demás, al cuartel de policía.

El general Díaz envía a Guillermo Andreve y Arturo Müller para que le ofrezcan al general Manuel Antonio Noriega el puesto de jefe de Estado Mayor. Noriega no acepta, pues no está de acuerdo con el movimiento separatista. Como entonces se decía, el veterano general era "muy colombiano", en oposición a lo que se llamaba "muy panameño".

7:30 p.m.: En medio de gran cantidad de gente, el coronel Antonio Alberto Valdés detiene al gobernador De Obaldía, cuando en coche descubierto se dirigía al Cuartel de Chiriquí.

Bajo la responsabilidad de José Agustín Arango es conducido a la casa de su amigo Manuel Amador Guerrero, donde queda custodiado por Valdés y José Agustín Arango Jované.

Entretanto, el capitán Salazar continuaba su marcha hacia el cuartel de Policía conduciendo a los generales prisioneros. Al

desembocar en la plaza de la Catedral, un sobrino de Tovar, también general, y el coronel Luis Carlos Morales, intentan interrumpir la operación. Salazar, espada en mano, se les va encima y los hace rendirse, para inmediatamente sumarlos a la fila con los demás detenidos.

Al pasar los prisioneros por la avenida Central, José Agustín Arango, lleno de júbilo y alegría gritó: "¡Viva la República de Panamá!".

Los militares colombianos fueron recibidos por el capitán Pedro A. Illueca, y colocados en varias piezas en la parte alta del edificio, puso a su disposición tres ordenanzas.

La amenaza de la flotilla. Era comandante de la modesta flota anclada en la bahía de Panamá el general Leonidas Pretelt (esa tarde, descansando en su residencia de la ciudad); a su vez, al mando del Almirante Padilla se encontraba el general Rubén Varón (único jefe en la flotilla comprometido con el movimiento separatista); y del crucero Bogotá, el general Luis A. Tovar quien –como ya vimos–desembarcó en horas de la mañana para asistir al recibimiento de los generales Tovar y Amaya, y en la tarde terminó siendo apresado junto con ellos. En su ausencia, al mando del Bogotá, quedó el coronel Jorge Martínez L.

Entre las seis y las siete de la noche se presentaron a bordo del Bogotá los señores Quijano, Robles y Taboada, e informaron al coronel Martínez lo ocurrido en la ciudad. Inmediatamente, este mandó decir al doctor Amador: "O me entregan los generales, o bombardeo la ciudad".

Amador se limitó a responder: "Díganle que haga lo que quiera". Inmediatamente, Ricardo Arias, uno de los jefes del movimiento, le ordenó a su ayudante, Antonio Burgos, que se dirigiera en una chalupa al vapor Almirante Padilla (fondeado cerca de la isla Flamenco) y le dijera al general Varón que se acercara a la

bahía y echara a pique el Bogotá. Varón manifestó que no se atrevía a cumplir la orden, si primero no reducían a prisión al general Leonidas Pretelt, jefe de la flotilla.

De regreso, el emisario Burgos informó a la Junta Revolucionaria y poco después Pretelt fue detenido y confinado en la casa de Eduardo Icaza.

Encendidas las hogueras convenidas con Varón, indicando que Pretelt había sido detenido, aquel no se daba por entendido. Amador espetó: "Este general Varón me quiere hacer una jugada". Y ordenó a Juan Brin que le escribiera una enérgica nota.

Por su parte, allá en el paseo de Las Bóvedas, el general Huertas observó cómo el Bogotá activaba sus calderas, y se apresuró a ordenar al jefe de la artillería, capitán Juan Bernardo Andreve, que disparase sobre el vapor si notaba que trataba de moverse.

En tanto el Bogotá, una vez izada el ancla, y no habiendo por el momento presión suficiente que hiciera mover la máquina, fue moviéndose lentamente al empuje de brisa favorable y de marea en reflujo.

Advertido el movimiento de la nave en el Cuartel de Chiriquí, pocos minutos después se siente un cañonazo disparado por el Bogotá. Huertas ordena responder. Desde Las Bóvedas el capitán Chevalier dispara su cañón, y la bala pasa casi rozando la proa del Bogotá. Allí, el coronel Martínez carga nuevamente su cañón de 15 libras y dispara dos veces más.

El primer proyectil cayó en el barrio El Chorillo y dio muerte a un pobre chino, mientras que la fuerza del impacto causó el colapso cardíaco del cercano transeúnte Octavio Preciado; el

segundo, penetró en la casa de Ignacio Molino, destruyendo el techo y varias vigas principales; el último, en un edificio de la calle 12 Oeste, causando la muerte de un caballo de paseo, propiedad de Enrique Linares.

Seis veces más disparan desde el Bogotá, sin causar daño alguno. De las baterías de Las Bóvedas, Chevalier hace un segundo y último disparo sin efecto alguno. Finalizado el tiroteo, el Bogotá pone proa en dirección al Almirante Padilla. Martínez sospecha del general Varón y le envía dos emisarios (Quijano y Robles) a probar su lealtad, pero Varón pasa la prueba. Martínez ordena levar anclas y el Bogotá, abandonando la bahía, pasa por estribor del Almirante Padilla y se aleja rumbo a Colombia... Así, lánguidamente, la amenaza de la flotilla terminó.

El balance de las víctimas fatales del corto enfrentamiento –y de todo un día de agitación independentista-, es realmente exiguo frente al logro alcanzado: un modesto asiático, un enfermo del corazón y un caballo de paseo.

9:00 p.m. En el Hotel Central, donde se encuentra reunida la Junta Revolucionaria, se presenta la bandera panameña, causando una explosión de alegría entre el público congregado por allí a esa hora.

El pabellón nacional había sido diseñado días atrás por el hijo del doctor Amador, Manuel E., y confeccionado en secreto por María Ossa. Su explicación: "Un fondo blanco que significa la paz; dos cuadros: uno rojo y otro azul, colores insignias de los dos partidos políticos históricos; y dos estrellas, una roja y otra azul, representando todo la unión de los panameños".

9:45 p.m. En sesión extraordinaria se reúne el Concejo Municipal de la ciudad de Panamá, presidido por Demetrio H. Brid, con asistencia de los miembros Rafael Aizpuru, Agustín

Arias Feraud, José María Chiari R., Manuel J. Cucalón P., Enrique Linares y Manuel María Méndez.

Abierta la sesión, el presidente manifiesta que “un grupo respetable de ciudadanos de esta capital había proclamado la independencia del Istmo, con el beneplácito de los pueblos, de su comprensión y de la ciudadanía, y con tal motivo, deseaba saber si los actuales representantes de los derechos del pueblo estaban dispuestos a adherirse y secundar este movimiento bajo juramento de sacrificar sus intereses y vidas, y hasta el porvenir de sus hijos, si fuere necesario”.

El Concejo prestó el solemne juramento, y acto seguido el concejal Aizpuru presentó la siguiente proposición:

“La Municipalidad de Panamá, en vista del movimiento espontáneo de los pueblos del Istmo, y particularmente de la ciudad de Panamá, declarando su independencia de la metrópoli colombiana y deseando establecerse en gobierno propio, independiente y libre acepta y sostiene dicho movimiento, y en consecuencia resuelve convocar a Cabildo Abierto al pueblo en general, y a todas las corporaciones públicas, civiles, militares y eclesiásticas para mañana a las tres de la tarde en el Palacio Presidencial de la República de Panamá”.

Aprobada inmediatamente, el concejal Brid suscribió esta otra que, por supuesto, fue aprobada:

“Envíese el siguiente telegrama a su excelencia el Presidente de los Estados Unidos: `La Municipalidad de Panamá celebra en este momento sesión solemne adhiriéndose movimiento separación del Istmo de Panamá resto de Colombia, y espera reconocimiento de su Gobierno para nuestra causa”.

Noche de febril actividad, guardia y vigilia

Luego de la prisión de los generales colombianos, los generales Huertas (jefe del Ejército) y Díaz (jefe de los contingentes populares), reunidos en el Cuartel de Las Monjas y de común acuerdo, y con la venia de los dirigentes del movimiento, resolvieron entregar el mando de la plaza, en calidad de Jefe de Día, al coronel Víctor Manuel Alvarado; y alrededor de las ocho de la noche, estando ya el pueblo armado en el patio de ese cuartel, se dio la orden de formar a soldados y voluntarios. A continuación el coronel Guillermo Andreve, en nombre de Díaz, hizo reconocer, admitir y proclamar a Alvarado como Jefe de Día, militar panameño sobre cuyos hombros recayó esa responsabilidad, desde ese momento, hasta las seis de la tarde del día siguiente.

Como sus ayudantes fueron designados José Antonio Zubieta, Nicolás Justiniani, José Agustín Arango Jované y Juan B. Sosa, quienes utilizando para sus tareas finos caballos ofrecidos por su dueño, Ricardo Arias, cumplieron su cometido con responsabilidad.

Pensando en la amenaza que podría significar el coronel Martínez (comandante del Bogotá), Alvarado dispuso colocar retenes en los lugares que en su concepto eran de fácil acceso para el desembarco de tropas. Por lo tanto, ordenó al sargento mayor Julio Antonio Mata, con unos 50 hombres veteranos del batallón Colombia, la vigilancia constante de toda la playa, desde el astillero de Peña Prieta hasta Punta Paitilla.

Cubriendo otro frente, le confió al capitán Alcides de la Espriella una escolta de 40 hombres, con el fin de hacer guardia a lo largo de la línea férrea, en las proximidades de la ciudad. De la Espriella partió con su gente cerca de las nueve de la noche

hasta llegar al lugar llamado Revuelta Fea, en donde se detuvo e instaló su campamento.

Por último, se confió al teniente Carlos Andrés Icaza la formación de un grupo compuesto de jóvenes oficiales para hacer guardia en el Puente de Calidonia (de triste recordación), entre quienes figuraban Temístocles Rivera, Eligio Centella, Narciso Barsallo y Nicolás Justiniani Reina.

Durante toda la noche y el día siguiente, tanto Alvarado como sus ayudantes prestaron importante servicio recorriendo las calles de la ciudad y visitando constantemente los arrabales y lugares más apartados cumpliendo así una estricta vigilancia.

Medidas policiales. En el Cuartel de Policía se encontraban empacados 400 rifles Grass y 69.000 municiones, que habían quedado al término de la guerra civil. El capitán Álvarez hizo abrir las bien cerradas cajas, y ordenó a cuatro sargentos que sacaran y limpiaran los rifles, dejándolos listos para cualquier eventualidad. Además, en las inmediaciones del cuartel (donde se hallaban presos -recordemos- los generales colombianos), ubicó tres retenes que prestaron servicio durante toda la noche.

De otra parte, con el fin de colaborar con el comandante del cuerpo, José Fernando Arango, los jefes militares ordenaron a Héctor Valdés la formación de una columna. Rápidamente reunió 80 voluntarios, a los que organizó y acuarteló en un local ubicado frente al parque de Santa Ana; y bien pronto la columna llegó a constar de 120 hombres, agregando a ella personas conocidas (que más tarde llegaron a figurar en la vida pública del país) como Mario Galindo, Ernesto Alemán, Nicolás Remón Arias, Luis E. Alfaro, entre otros.

Allí permanecieron toda la noche hasta el día siguiente en la mañana, cuando Valdés, como jefe de la columna, la entregó

en el Cuartel de Las Monjas al coronel Pedro Antonio Barreto, sin novedad.

Oportuno y merecido nombramiento. Al tiempo que Huertas y Díaz organizaban sus cuadros, ya en la ciudad corría el rumor de que el coronel Eliseo Torres, al mando del batallón Tiradores, que había quedado en Colón, se proponía iniciar un avance sobre la capital. Por esa razón, pensaron que era necesario incorporar a las fuerzas republicanas otro jefe con prestigio personal, político y militar. El coronel Antonio Alberto Valdés sugirió el nombre del general Manuel Quintero Villarreal (otro veterano liberal de la guerra civil). Aprobada la idea, el mismo Valdés se dirigió al domicilio de Quintero, quien se encontraba enfermo y en cama. Sin embargo, entusiasmado con el movimiento separatista, una hora más tarde, y a pesar de la fiebre que lo aquejaba, se presentó en el Cuartel de Las Monjas, siendo inmediatamente nombrado Jefe de Estado Mayor.

Asalto al Cuartel de La Boca. Dominada y controlada la ciudad por las fuerzas republicanas, los jefes Huertas y Díaz ordenaron al coronel Pedro J. de Icaza que, acompañado por 25 hombres bien armados, ocupara el Cuartel de La Boca, comandado por el teniente Juan Galvis, y ubicado en el sitio llamado Cerro Sosa. Al llegar al pie del cerro, donde estaba situado el edificio que servía de cuartel, el coronel De Icaza inmovilizó al centinela. En medio del mayor silencio, y ya dentro del cuartel, sorprendió al teniente Galvis que se encontraba durmiendo e ignorante por completo sobre lo que estaba ocurriendo en la ciudad de Panamá.

Revólver en mano, el coronel acercó al sorprendido teniente el teléfono y lo puso en comunicación con el capitán Félix Álvarez, segundo jefe de policía. Enterado de lo acontecido, de inmediato aceptó sumarse al movimiento. De Icaza se hizo

cargo del cuartel, donde pernoctó con sus hombres, y en la mañana unos y otros partieron hacia el Cuartel de Las Monjas.

Preparativos para la defensa. Luego de haber dejado organizados todos los frentes de vigilancia, el general Díaz y su ayudante, coronel Andreve, salieron en gira de inspección por toda la ciudad, regresando como a las 12 de la noche al Hotel Central, sede provisional de la Junta Revolucionaria, en donde a esa hora se discutían varios proyectos de defensa, caso que, como se esperaba, el coronel Torres atacase la ciudad.

Entre las disposiciones tomadas, una de ellas fue la de marchar muy temprano por la vía férrea a esperar a Torres y su batallón, en Miraflores o Pedro Miguel. El plan consistía en quitar unos cuantos rieles en un lugar conveniente, para obligar al tren a detenerse, y enseguida abrir fuego sobre sus ocupantes desde posiciones bien escogidas.

A las 2 de la madrugada el general Díaz y el coronel Andreve se retiraron a dormir en una de las habitaciones del mismo hotel, dando órdenes de que se les llamara a las 5 a.m., en la creencia de que a esa hora marcharían al encuentro de Torres...

Miércoles 4, consolidación de la independencia

Colón. Desde la noche anterior, el coronel Torres comenzó a exigir que se le suministrara un tren para transportar su batallón a la ciudad de Panamá, a lo cual el coronel Shaler continuó oponiendo excusas. Así terminó ese día, y en la mañana del miércoles, cuando Torres se enteró de la prisión de los generales, renovó su exigencia con mayor ahínco.

Ciudad de Panamá, 6:00 a.m. Con el propósito de consolidar y organizar sus fuerzas frente a la amenaza de las tropas de Torres,

los generales Díaz, Huertas y Quintero forman provisionalmente el primer ejército de la República, compuesto de tres divisiones llamadas Panamá, Colón y David, comprendiendo la primera los batallones 1º y 2º del Istmo; la segunda, los batallones Panamá y Colón; y la tercera, el batallón 3º del Istmo.

Terminada esta organización provisional, consideraron necesario trasladar inmediatamente a la ciudad de Panamá al coronel Leoncio Tascón y los 250 hombres del batallón Colombia –quienes desde el 25 de octubre se encontraban en la ciudad de Penonomé cumpliendo una comisión relacionada con la supuesta amenaza de invasión de Nicaragua- para lo cual dictaron las órdenes correspondientes destinadas a concretar el traslado.

Cerca de las 6:30 p.m. José Agustín Arango comisiona a Andreve para que se dirija con una escolta a la pensión ubicada en la intersección de la calle 5ª y la avenida B, y aprese, como medida preventiva, a varios colombianos (doctores y militares) que allí viven. Cumplida la misión, y conducidos los arrestados al Cuartel de Policía, el general Quintero y Eduardo Icaza, le proponen a Andreve el puesto de habilitador y pagador de la primera división, pero este se excusa. Sin embargo, los argumentos lo vencen: se necesita una persona sumamente honrada, con carta blanca para que, con una orden del doctor Amador, se le entreguen fondos de la Administración Departamental de Hacienda, con el propósito inicial de racionar la tropa.

El cajero Albino H. Arosemena, con el visto bueno del administrador Enrique Lewis, le entrega a Andreve dos mil pesos, que este distribuye a razón de cinco pesos los soldados, diez las clases y veinte los oficiales y jefes.

Alrededor de las 7 a.m. José Agustín Arango, acompañado por Federico Boyd y Tomás Arias, se comunica telefónicamente desde la estación del ferrocarril con el coronel Torres en Colón, quien no entiende razones, y amenaza con un ataque a la ciudad de Panamá. Arango, indignado, le dice que los panameños están dispuestos a batirse con él, y que puede disponer lo que mejor le parezca.

Inmediatamente Arango ordena por telégrafo a Porfirio Meléndez, jefe del movimiento en Colón, que una vez que el coronel Torres y sus hombres salgan de aquella ciudad, proclame la República de Panamá. Para gastos preliminares pone a su disposición la suma de mil dólares, que le entregará Florentino Cotes, cumpliendo instrucciones de José Gabriel Duque.

Meléndez se reúne con los generales Orondaste L. Martínez y Alejandro A. Ortiz (jefe de la policía en esa ciudad), el comandante Serafín Achurra (jefe de la guarnición militar), y los señores Juan Antonio Henríquez, Tiburcio Meléndez y Luis F. Estenoz para informarles sobre los últimos acontecimientos y darles a conocer la autorización recibida para encabezar el movimiento en la ciudad.

7:30 a.m. Arango, Boyd y Arias dirigen otro telegrama a Meléndez, ordenándole que se ponga en contacto con el coronel Torres y le informe que, con el propósito de evitar derramamientos de sangre, la Junta Revolucionaria le ofrece dinero suficiente para racionar sus tropas y los pasajes para que se regresen a Barranquilla, siempre que depongan las armas.

8:00 a.m. (aproximadamente). Meléndez informa al coronel Shaler de los últimos sucesos y luego comisiona a Orondaste L. Martínez y Carlos Clement (quien acaba de llegar a Colón para acompañar a su amigo Meléndez) para llevar al coronel Torres una carta intimándole se rinda al Gobierno panameño. Enterado

de su contenido, insulta groseramente a los portadores de la misiva y como única respuesta concede dos horas para que los generales presos sean liberados y regresados a Colón.

Para presionar aun más, Torres envía al prefecto de la provincia ante el cónsul estadounidense, Oscar Malmros, para informarle que estaba resuelto a quemar la ciudad y matar a todos los norteamericanos, si no ponían en libertad a los generales prisioneros antes de las dos de la tarde.

Enterado el cónsul del ultimátum, se reúne en las oficinas del ferrocarril con el vicecónsul, Jesse M. Hyatt, y el coronel Shaler y deciden apelar al crucero Nashville, fondeado en el puerto desde el lunes 2. Haciendo una señal previamente convenida, el comandante John Hubbard atiende inmediatamente el llamado y ordena el desembarco de 75 hombres de infantería.

8:30 a.m. Shaler informa por telégrafo a Prescott del ultimátum del coronel Torres. Informado luego Amador, manifiesta que la única solución es mandar tropas bien armadas con el fin de ayudar a los marines de Nashville a defender la ciudad de Colón y proteger a sus habitantes. Sin embargo, Shaler aconseja esperar.

1:00 p.m. Cumpliendo órdenes de Torres, y al toque de corneta, el batallón Tiradores se despliega en línea de batalla a lo largo de la calle del Frente. El general Alejandro A. Ortiz intenta contenerlo, pero Torres le manifiesta que atacará a los marinos norteamericanos apostados en el Freigth House del ferrocarril, tomará por la fuerza los trenes de la compañía y la ciudad, y luego abrirá campaña con el fin de frustrar el movimiento separatista.

El general Ortiz invoca cuantos razonamientos le vienen a la mente, le pinta la gran responsabilidad que le acarrearía la

realización de semejantes planes, las funestas consecuencias para Colombia y el peligro que también el mismo Torres correría de ser fusilado. Apelaciones que resultan inútiles.

2:00 p.m. aproximadamente. Meléndez comisiona al general Orondaste L. Martínez para que trate de disuadir a Torres. Orondaste consigue que Torres acepte dialogar en el hotel Suizo. Más tarde, por sugerencia de Torres, continúan conversando en la oficina de Luis Estenoz. El coronel, reacio, y Martínez aguzando el ingenio y usando su habitual sangre fría, continuaron en una espinosa discusión. Torres, acompañado de su corneta de órdenes, estuvo varias veces a punto de perder la paciencia, llegando hasta amenazar al propio general Martínez con meterle un balazo en la cabeza.

2:45 p.m. Torres va cambiando de actitud. El general Alejandro A. Ortiz logra que aquel acepte acuartelar de nuevo al batallón y lo acampe en el barrio de Cristóbal, donde es racionado con víveres enviados por Meléndez. Ante la noticia de que tropas panameñas vendrían a atacarlo, Torres ahora piensa en defenderse.

Ciudad de Panamá, 3:00 p.m. El Concejo Municipal, con asistencia de los miembros Rafael Aizpuru, Ricardo Manuel Arango, Agustín Arias Feraud, Fabio Arosemena, Demetrio H. Brid, José María Chiari R., Manuel J. Cucalón, Alcides Domínguez, Samuel Lewis, Enrique Linares, Óscar McKay, Manuel María Méndez y Darío Vallarino; y de José Francisco de la Ossa (alcalde del distrito) y Leopoldo Guillén (personero municipal), declaran solemnemente que los pueblos de su jurisdicción se separan desde este momento y para lo sucesivo de la República de Colombia, para formar junto con las demás poblaciones la República de Panamá.

La trascendental declaración queda plasmada en el Acta de la Independencia, redactada el día anterior por el jefe liberal Carlos A. Mendoza.

Además, el Concejo resuelve encomendar la administración, gestión y dirección nacional a una Junta de Gobierno provisional, integrada por José Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias. Presentes los miembros del triunvirato, prestan el juramento de estilo, y acto seguido dan a conocer el Decreto N°1 mediante el cual se establecen cinco carteras con sus correspondientes ministros a la cabeza, a saber: Gobierno, Eusebio A. Morales; Relaciones Exteriores, Francisco V. de la Espriella; Justicia, Carlos A. Mendoza; Guerra y Marina, Nicanor A. de Obarrio; Hacienda e Instrucción Pública, Nicolás Victoria J., quien se excusó de aceptar el cargo. Reemplazado por Julio J. Fábrega.

Instalada formalmente la Junta de Gobierno Provisional (¿Junta Provisional de Gobierno?), lanza al país un elocuente Manifiesto, redactado por Eusebio A. Morales.

Colón, 5 p.m. (aproximadamente). Torres se ha calmado. En las oficinas de la Compañía del Ferrocarril se reúne con el coronel Shaler y el comandante Hubbard, del crucero Nashville. Manifiesta que él no ha proferido las amenazas contra los norteamericanos que se le atribuyen. Ahora solo pide que se envíe a la ciudad de Panamá al alcalde de la ciudad, Elizardo Guerrero, para entrevistarse con los generales presos, Tovar y Amaya, y recibir órdenes de ellos. Aprobada la solicitud, Guerrero es acompañado por un oficial de Tiradores, el teniente Torres (más homónimos).

Ciudad de Panamá, 5:45 p.m. Shaler informa al doctor Amador sobre la salida de los enviados del coronel Torres. Amador, entonces, se dirige al Cuartel Policía y ordena traer ante su presencia, primero al general Amaya, y luego a Tovar, a

quienes explica la actual situación republicana y lo inútil de toda resistencia. Les aconseja que ordenen el regreso a Colombia del batallón Tiradores. Tovar se niega rotundamente.

Amador informa de lo sucedido a la Junta. Los tres deciden enviar a Eusebio A. Morales para que reciba en la estación del ferrocarril a los enviados del coronel Torres, a quienes inmediatamente el flamante ministro de Gobierno conduce ante la presencia del general Tovar. Guerrero le entrega una nota de Torres y un memorial suscrito por varias damas colonenses, en que le piden evitar el cumplimiento de las amenazas de aquel.

Tovar se niega a impartir órdenes de ninguna clase. Guerrero promete regresar a verlo en las primeras horas de la mañana siguiente.

Jueves 5, apaciguamiento de tensiones

Ciudad de Panamá, cerca de las 5:30 a.m. Guerrero y Morales regresan al Cuartel de Policía en busca de una respuesta del general Tovar, quien envía este mensaje verbal para su subalterno Torres: que estando prisionero no puede darle órdenes de ninguna clase; que está satisfecho de su conducta y que confía en que él siempre cumplirá con su deber; y que por consiguiente, jamás pondría en duda su lealtad en cualquier determinación que pueda tomar.

Informada la Junta acerca de la testarudez de Tovar, encomiendan a Federico Boyd y Tomás Arias un último intento para tratar de convencerlo de la inutilidad de su resistencia. Ya frente a frente, ante la grosera actitud de Tovar, Boyd se retira profundamente disgustado. Arias insiste, pero el esfuerzo es inútil.

Colón, 8:00 a.m. (aproximadamente). A bordo del vapor de pasajeros Jennings llega el general colombiano Pompilio

Gutiérrez, en misión especial. Enterado Meléndez, envía abordo a Juan Antonio Henríquez para informarle a Gutiérrez que la independencia de Panamá es un hecho cumplido, y que las fuerzas de Estados Unidos no permitirán que Colombia recupere el Istmo. Convencido, el general resuelve permanecer a bordo. Sin embargo, más tarde desciende de la nave y en las oficinas de una compañía naviera mantiene una larga entrevista con el coronel Torres. Este le ofrece el mando del batallón. Gutiérrez rehúsa el ofrecimiento, pues considera consumada la separación del Istmo.

Torres claudica. Alrededor de las dos de la tarde, ante hechos tan elocuentes y con la ayuda de la labor conciliadora de los generales Martínez y Ortiz, don Porfirio Meléndez puede conseguir ipor fin! que el coronel Torres acepte recibir 8.000 dólares "para racionar a sus tropas", fuera de pasajes. Suma que es retirada de la caja de la Compañía del Ferrocarril, bajo la garantía personal de Meléndez.

7:45 p.m. Luego de superados felizmente algunos momentos de tensión y varios contratiempos, y ante numeroso público pendiente de estos sucesos, finalmente el vapor Orinoco abandona el muelle de Colón llevando a bordo al coronel Eliseo Torres y el batallón Tiradores, postrera expresión de la dominación colombiana en el Istmo de Panamá.

Tan pronto el vapor abandonó la bahía, Porfirio Meléndez, con todas las fuerzas de sus pulmones, gritó: "¡Ahora, sí!", dando comienzo a una jubilosa celebración popular.

Ciudad de Panamá, 9:00 p.m. En el Cuartel de Chiriquí se presenta un numeroso grupo de personas -encabezado por Agustín Ayala, José Francisco de la Ossa, Carlos Constantino Arosemena, Archibaldo E. Boyd, Ricardo Arango y José Agustín Arango Jr., que vitorea insistentemente al general Huertas,

agradeciéndole su participación en el movimiento separatista. Colocado luego en una silla, es llevado en hombros por las principales calles de la ciudad, al tiempo que desde los balcones arrojan a su paso una lluvia de flores y elogios. Terminado el paseo, lo acompañan al Club Internacional, principal círculo social de la época, donde se vitoreó y se brindó varias veces por la felicidad del general.

Viernes 6, inicio del idilio con el Tío Sam

Colón cerca de las 9:30 a.m. En presencia de todas las autoridades locales, los cónsules extranjeros, el coronel Shaler, varios oficiales norteamericanos de las naves Dixie y Nashville, principales comerciantes y pueblo en general, la bandera panameña es izada en el Palacio de la Prefectura ocupado ya por Porfirio Meléndez, designado desde el día anterior por la Junta de Gobierno Provisional, prefecto de la provincia.

Para que izara la bandera fue elegido, como merecido honor, el coronel Shaler; pero por indicación suya se concedió tal distinción al mayor William Murray Black, quien luciendo impecable uniforme del ejército norteamericano, izó la bandera mientras el Cuerpo de Policía rendía los honores correspondientes, al tiempo que el numeroso público presente gritaba repetidamente ¡Viva la República de Panamá! ¡Vivan los Estados Unidos de América!

Como es más que evidente, el 6 de noviembre en el caribeño puerto de Colón comenzó alborozada y jubilosamente la luna de miel istmeño-estadounidense...